

EL FUSIL

Siglo II.—Año VI.—Número 228

Periódico radical

OFICINAS
Caños, 4, Madrid

PRECIOS
UN AÑO: { Provincias. TRES ptas
Madrid y Extranjeros. SEIS ptas

NÚMERO SUELTO
Corriente, 5 cént. Extraordin. 10

Mano de 75 ejemplares
50 céntimos

Page adelantado
En libranza, sobre monedero ó Letras de fácil cobro. No se admiten sellos.

Toda la correspondencia al Administrador

Lunes 19 de Enero de 1903

VENGA LA CABEZA!

Leo en los periódicos la siguiente pista-
nadsima noticia:

«Dicen que el sultán ha puesto precio á la cabe-
za de Muley-El-Roghí.

Ofrece cincuenta mil duros al que se la presente.»

¿Cincuenta mil duros? ¡Zapateta!

¡El Padre de la Burra me valga!

Meditad españoles, meditad como yo me-
dito.

Decían que el Afric empezaba en los Pi-
rineos y que en España nos parecíamos á
los marroquíes. ¡Mentira!

En Marruecos, ya lo veis, en Marruecos
hay una cabeza que vale cincuenta mil duros.

En cambio en España no hay ninguna
cabeza que valga dos cuartos.

¡Oh, si quisieran los marroquíes prestar-
nos esa cabeza! ¡Venga esa cabeza!

..

En último, caso si la cabeza no nos servía,
porque además de no tener cabeza, tam-
poco tenemos pies, se la podíamos vender al
sultán y nos embolsábamos cincuenta mil
duros.

¡Un millón!

¡Una friolera!

¡Cuántos habría que lo pescaran aunque
fuere en ochavos mercurio!

¡Venga esa cabeza!

..

Y á propósito, Sr. de Cotarelo, ahora se
le presenta á usted otra nueva ocasión,
magnífica, le que se llama de órdago.

Váyase usted á Marruecos. Averigüe us-
ted el paradero de El Roghí, métese usted
á vivir en la misma casa del Padre de la

Burra, indague usted las costumbres de ese
sujeto, y envíe un anónimo al Sultán á ver
si pesca usted los cincuenta mil del ala.

¡Qué ocasión, Sr. de Cotarelo! A buscar
esa cabeza que lleva una mina dentro.

Y si no pudiera usted con esa cabeza, por
le menos mándele al Sultán la cabeza de la
burra, á ver si se contenta y la paga.

Ojo, Sr. Cotarelo, ojo á la cabeza, digo al
millón.

¡Venga esa cabeza!

¡A CAZAR!

Duques, perros y golfos

(ARTÍCULO BORRICAL)

¡A cazar, señores, á cazar! Les oenvido á
ustedes á cazar.

¿Que dónde?

Donde ustedes quieran. ¿En dónde les
gusta más? ¿En Toledo?

Cabalmente allí, en aquellos montes hizo
el general Prim un castillo de primera. De
algo le hab' de servir ser general.

En aquel castillo hay unas magníficas pe-
rreras, y en las perreras 119 perros.

No creáis que miente, ne, que lo dice
La Epoca. ¡Ciente diez y nueve perros!

para los cuales distribuye el duque diaria-
mente ciento diez y nueve raciones, y los
pone ciento diez y nueve cellares. Y ahora,
díganme ustedes si la aristocracia moderna
no sirve para algo. ¿Qué sería de esos cien-
to diez y nueve perros, si no fuera por la
magnificencia providencial de los duques?

Y no crean ustedes que cada duque se
contenta con un perro ó que tenemos á per-
ro por duque, ne. Al contrario: en casa de
ese hay perreras para 119 perros. Cuando
vaya el duque á verles y le ladren, todos á

la vez, dará gusto oír ciento diez y nueve
ladridos. Parecerá aquello un congreso de
diputados.

Pues con tante perro, ¿qué ha de hacer
el duque más que cazar? Ahora han estado
cazando y aquello ha sido una bendición de
Dios. Entre veinticinco ó treinta duques y
los ciento diez y nueve perros han hecho
estragos en la caza. La mar de venados,
jabalíes, cerzos y linceos, perdices, conejos
y liebres, chochas, gamos y cernicalos.

¡Se lucieron los duques! ¡Se lucieron los
perros!

Por eso les decía yo á ustedes si querían
ir á cazar á Toledo. ¿Les gusta Toledo?

¿Quiéren que avise al duque para que pre-
pare los perros?

..

Pero si no quieren ir á Toledo y les agra-
da más Andalucía, también tienen donde
escoger.

¿Les gusta Puente Genil? Allí está el pis-
tonudo castillo de Anzur, donde todos los
días después del almuerzo se cazan las per-
dices, los conejos y las liebres á cientos.

—¿Qué hacemos hoy?—preguntan los
huéspedes.

—Pues lo de siempre. Primere almorzar
y después á cazar.

¡Y pum, pum, pum! Perdiz por acá, co-
nejo por allá, liebre por este lado, ganso
por el otro, aquello es un delirio.

Luego para comer, es natural, como tede
está lleno de perdices, se atracan de perdiz
como el chiquillo del esquilador.

Unas veces comen las perdices fritas,
otras las comen asadas, y cuando se can-
san de guisos y condimentos, se comen las
perdices en vinagre.

¡Y nunca pueden acabar con las perdices!
Lástima que los duques que se pueden lle-
nar de perdices la panza no tengan des-
panzas cada uno, una panza delante y otra
panza detrás, á cambio de no tener ningun-
a nesotros los que no podemos mantenerla
con perdices ni con patatas asadas!

Pero, en fin, ya que no tienen des panzas
los duques, tienen las panzas de sus perros
y de sus caballos. Ya se ve. El de Toledo
tiene nada menos que 119 panzas perrunas
á su cargo. ¡Y si comerán perdices todas
esas panzas!

..

¿Que se cansan ustedes del castillo de
Anzur y sus perdices?

Pues ne se apurea por eso, que yo les
llevaré á otra parte. A La Mezquitilla, del
Sr. Calvo. Les digo á ustedes que La Mez-
quitilla es de órdago. Almuerzes riquísi-
mos, perdices abundantes, ensaladas de
conejos á todo pasto.

Y perros, y liebres, y jabalíes, y cernica-
les y duques... ¡Bien se pueden pasar quin-
ce días en La Mezquitilla.

Y desde allí al cielo; digo, al cielo no,
sino á La Tierna, á Alcolea, á ver al duque
de Almedóvar del Río. Y á tirar tiros y á
apuntar á los jabalíes y á los conejos otra
vez. Y á comer y á beber, y á vivir y á go-
zar, y á relamerse los hecicos en el clima
ese andaluz tan tibe y tan retrochero, se-
bre todo viste desde La Tierna después de
almorzar perdices..

..

En acabando aquello se pueden ustedes
venir á Madrid y salir una noche por los
barrios bajos ó por los barrios altos y en-
trar en las casas de dormir de 15 céntimos
por barba, y visitar á esos que no caben en
el hospital porque está abarretado de en-
fermos y de pebres, ó se mueren en los



—¿Qué pensará aquí ahora?

bancos del Retiro, y mirarlos los pantale-
nes á los golfos que duermen por la noche
metiditos en las cubas del asfaltado.

¡Diferencia va de los pantalones de esos
golfos á los pantalones de los duques!

Vénganse luego á Madrid y les acompa-
ré á esos sitios.

Y de seguida, si les parece á ustedes, ha-
remos á estos desdichados una proposición.

—¿Seis jóvenes? ¿Sabéis correr tras una
liebre? ¿Tenéis elifato para oler las perdices?

¿Sí? ¡Pues os habéis salvado, queridos!

El mundo no puede sostenerse como hom-
bres; pero en cambio creo que encontrarán
colecación como perros. Veréis. Ahora mis-
me telegrafiamos al duque de los ciento
diez y nueve perros, diciéndole:

—¿Le convendría á usted, duque, desal-
gullar dos ó tres perreras para albergar á
unos cuantos muchachos que en Madrid no
tienen ni eso? Ya les verá usted, duque. Son
unos chicos que, en vista de que con el ofi-
cio de hombres no hacen barrera ni pueden
vivir, se quieren meter á perros.

Les tienen envidia á sus perros, duque.

Admitales usted, y se lo agradecerán.

Sen unos chicos excelentes. Saben hasta la-
drar si se les manda. Y no tenga usted cui-
dado que le muerdan en las pantorrillas. Ne
le morderán; la humanidad, duque, es te-
davía demasiado buena. Adn no muerde.

Con que, ya le sabe usted. Cuando tenga
alguna perrera vacante, avise...

ROMANCE MORISCO

«Si tienes el corazón
Roghí, como la arrogancia,
si tu bécica fierca
no es ásera de camama;
si para empresas muy grandes
Alah y Mahoma te guardan
y no eres un vil pousseur,
ni es tu valor una farsea,
cuando en Fes, Tánger y Tántex,
hagas tu triunfal entrada,
si legras que tus parciales
ganen para sí tu causa,
no descanses un momento,
no te duermas en las pajas
y más veloz que una flecha
de un salto el Estreho pasa,
y ven y emprende si fuere
la reconquista de España.
Aquí ne eoharás de menos
las esplendídeces de África,
perque hay turrón abundante
para todos los que mandan
y es el turrón más sabroso
que los dátiles de Arabia.
Si faltando tu al Korán
el teoínó te entusiasma,
te puedes poner muy bueno,
perque aquí el culto no falta
y para nuestra desdicha
hay cordes en abundancia,
que pasan la vida haciendo
al país mil gorrinadas.

SILVELA Y LA MUERTE



La Muerte.—Y ahora, amigo Silvela, para que tú te quedes solo y
resultes grande hombre por selección, ¿á quién escabecho?

Silvela (Meditando).—Pues al... es natural, ahora... á Maura.